

EL EMBAJADOR

Vida de Guido Antonio,
tío de Amerigo Vespucci

Fragmento

Germán Arciniegas*

A través de esta obra Arciniegas muestra como se escamotearon y falsificaron documentos para hacer cardenal al hijo del Magnífico que tenía nueve años y llegó a ser el Papa León X. O sigue el proceso que llevó a la hoguera a Savanarola, de cuyo sacrificio fue responsable Vespucci. O revive los debates sobre el gobierno de Florencia en que las tres soluciones fueron presentadas por Maquiavelo, Savanarola y Vespucci. Hoy mismo sus argumentos tienen vigencia. Con *El Embajador* Arciniegas entra a la gran historia de Europa.

El 26 de abril de 1478 ocurre la conspiración de Pazzi contra los Médicis. Los Pazzi estaban profundamente resentidos contra Lorenzo. Se los había excluido de los negocios públicos de la ciudad, como retribución por lo de Imola. A ellos se acercó el sobrino del Papa Jerónimo Riario, que hecho señor de Imola sentía la presión de Lorenzo con los venecianos como un impedimento a sus ambiciones de domi-

Trataron de la necesidad de cambiar las cosas en Florencia, sacando del juego a los Médicis. Se le reunió el arzobispo de Pisa, Francisco Salviati, resentido contra Lorenzo que le había cerrado el camino al arzobispado de Florencia. Entre todos trataron del asesinato de los hermanos Médicis, y para convenir a quienes habrían de participar en el crimen decidieron pedir la venia del Papa, destapado enemigo de Lorenzo. A Roma se van todos para

(* Escritor y diplomático colombiano.

hablar con Sixto IV.

Se dará a la conjura, por los historiadores, el nombre de la conspiración de los Pazzi. Quizá sería más justo llamarla conspiración del conde de Imola, es decir, de Jerónimo Riario, el sobrino del Papa. Es cierto que los Pazzi arden en el deseo de sacudir el yugo de los Médicis, que por todos los medios tratan de disminuir su importancia, y los espían, y hostilizan en la ciudad; que el arzobispo Salvati no puede contener su ira contra Lorenzo que le ha cerrado las puertas de sus ambiciones para adueñarse del arzobispado de Florencia. Pero estas son las fuerzas que ha buscado y trata de encauzar Riario para ensanchar su condado de Imola, y ser un gran señor de Italia. Imola es demasiado poco para su ansia de poder. Si los Médicis caen, y caen por su industria, el sobrino del Papa saltará alegremente por sobre las vallas que se oponen a su ambición. Es el conde quien se mueve en busca del apoyo de un soldado capaz de apuñalar, mover soldados, arreglar los preparativos militares que seguirán a la conjura triunfante. Ese es Juan-Bautista da Montesecco. Montesecco pertenece a las milicias del Papa y está ahora al servicio del duque en Imola. Pero Montesecco no obrará si antes no oye de labios de Sixto IV la aprobación del plan. Riario lo tranquiliza. En su casa se reúnen el

arzobispo, Francisco Pazzi y Montesecco, y los cuatro se dirigen a oír la opinión del Papa.

Dice el para que él está por la mutación del Estado en Florencia pero quiere que se haga sin que corra sangre. El sobrino y el arzobispo saben manejarse respetando las fórmulas. Callan - sabrán lo que se hace -, pero el soldado no. Montesecco precisa: "Padre santo: esta clase de negocios puede resultar mal sin la muerte de Lorenzo y de Julián, y quizás de algunos otros...". Replica el Papa: "Yo en ningún caso quiero la muerte de nadie, porque no es nuestro oficio aprobar la muerte de otro; y aunque Lorenzo sea un villano y con nosotros se porte mal, yo no querría por nada la muerte suya, pero la mutación del Estado sí". El conde trata de aclarar las cosas para que no vaya a enfriarse Montesecco: "Se hará todo lo mejor que se pueda y que eso no suceda; pero de lo que pase Su Santidad perdonará al que lo haga...". Se vuelve el Papa a su sobrino indiscreto: "Tú eres un animal; ya te he dicho: no quiero la muerte de nadie, pero sí la mutación del Estado. Y así te digo, Juan-Bautista: que yo quiero que el Estado de Florencia se cambie, y que se saque de las manos de Lorenzo que es un villano y un hombre malo, y no tiene estimación de Nosotros, y en cuanto él quede por fuera de Florencia, hare-



mos de esa república lo que queramos, y estere un gran deseo nuestro". Con las últimas palabras se animan el arzobispo y el conde y dicen: "Vuestra Santidad está en lo cierto, que en cuanto tengáis a Florencia a vuestro arbitrio... Vuestra Santidad dará la ley a media Italia, y no hay quien no quiera entonces sino ser vuestro amigo: así que, conténtate de que se haga lo que haya de hacerse para conseguir este efecto". Dice el Papa: "Ya os he dicho lo que no quiero: Idos y obrad como os parezca, pero que no haya muertes". Dice el arzobispo: "Padre santo, alégrate de que seamos no-

stros quienes guíemos esta barca, que la guiaremos bien". El Papa: "Me alegro". Se van. Se van a casa del conde, y comienzan a planear los asesinatos. ¿Dónde matarán a Lorenzo y Julián? ¿Cómo juntarlos para darles el golpe? ¿Quiénes más ayudarán? al fin, al fin, lo ven claro: el domingo 26 de abril de 1478 logran reunir las condiciones apropiadas al intento. El joven Rafael Riario, otro sobrino del Papa, quien acaba de hacer cardenal a los veinte años, se halla en Florencia, de paso, haciendo una visita principesca. Entre banquetes y recepciones,

figura en el programa la misa mayor en la catedral. Los conjurados se colocarán en los sitios estratégicos, y cuando comience la segunda parte de la misa, o lo considere a tiempo el arzobispo, dará él la señal y se sacarán a relucir los puñales. Otra vez, es el soldado quien vacila. Le horroriza asesinar así, en el templo, en medio de la misa. No moverá su mano en ese instante. Dos sacerdotes, de menos escrúpulos, se ofrecen para reemplazarle: Antonio Maffei, de Volterra, que odia a Lorenzo por lo del saqueo y sometimiento de esa ciudad, y Esteban Bagnoni, párroco de Montemurlo que "poseído de la idea de la libertad republicana, juzgaba a Lorenzo un odioso tirano y a sí mismo se consideraba poco menos que un Bruto". El conde de Imola, Jerónimo Riario, en Roma, esperará las noticias para avanzar sobre Florencia liberada.

Viene la misa; el arzobispo da la señal, Francisco Pazzi clava su puñal en las espaldas de Julián de Médicis, que pronto queda ultimado. Los dos sacerdotes, pobres hombres de armas, tirándose sobre Lorenzo apenas logran rasguñarle el cuello. Lorenzo saca su espada, se defiende, corre a la sacristía y la puerta se cierra sobre los conjurados que le siguen. El arzobispo corre a la Señoría con el propósito de cambiar el gobierno. El gonafaloniero le des-

cubre por el temblor de las manos, por el balbuceo de las palabras, por la cara de muerto. Le pone la mano. Se oyen en la calle los gritos de guerra de los amigos de los Médicis "¡Palle! ¡Palle!" Julián ha muerto pero su sangre solo ha servido para que el pueblo pida venganza. A poco, cuelgan de las rejas en la ventana de la Señoría los cuerpos del arzobispo Salvati y de unos cuantos más. El joven cardenal Rafael está en la cárcel.

Cuando las noticias llegan a Roma, el Papase apresura a escribir una carta de pésame a Lorenzo, pero el conde de Imola trémulo de ira ante el fracaso de todos sus planes, a la cabeza de un grupo de infantes se presenta a la casa de Donato Acciaiuoli, y violando los privilegios diplomáticos lo obliga a salir, y conduce a palacio, con la idea de reducirlo a prisión en el castillo de Sant'Angelo, con la venia del Papa se ve obligado a salir y dejar en libertad al florentino. Pero el conde de Imola quiere mover toda la máquina pontificia contra Florencia. Se ha ahorcado a un arzobispo y está preso un cardenal, éstos son los hechos para él. Que se hubiese asesinado a Julián de Médicis y atentado contra Lorenzo en plena catedral son cosas que ya no hay para que tratar. Y obliga a que se reúna el colegio de cardenales y el Papa dicte el breve de excomuniación con-

tra Lorenzo y contra Florencia. A su turno, los florentinos han visto venir la tormenta y si mantiene al cardenal en rehenes es para dar tiempo a que los florentinos en Roma alcancen a salvar el pellejo y los bienes. Nadie ignora hasta dónde puede llegar en sus atrevimientos el sobrino del Papa.

El breve declara a Lorenzo dañado, infame, abominable, inhábil para que ni él ni sus hijos ni sobrinos puedan aspirar cargos eclesiásticos, ni civiles, ni puedan recibir herencias, ni comparecer en juicio ni servir de testigos; se prohíbe a todos los hombres que puedan tener con él ni trato, ni comercio, ni siquiera conversación; que sus bienes se entreguen al fisco, sus casas se destruyan y queden sus ruinas como escarnio. La ciudad de Florencia queda amenazada de entredicho implacable, privada de la dignidad episcopal, etc., si no se somete en el curso de un mes. Es obvio que el Papa no hace sino firmar lo que le escribe, rabioso, el conde de Imola.

En el fondo, es la guerra. Donato Acciaiuoli aconseja desde Roma que suelten al cardenal y en realidad lo dejan libre cuando se juzga discreto. El 1.º de junio se dicta la bula de excomunión, y el 13 dejan libre al cardenal. Dicen que llegó a Siena "más muerto que vivo" del susto, tanto que le parecía sentir la

soga en el cuello". El 20 de junio llegó a Roma con una palidez mortal que no le abandonó en el resto de su vida. Hay preparativos de guerra, y correos de Florencia, del Papa, del conde de Imola que se cruzan buscando alianzas dentro y fuera de Italia.

El Papa piensa y hace suyo al rey de Nápoles. Lorenzo de Médicis vuelve los ojos a Milán. Los Sforzas siempre están con los Médicis, como el rey de Francia. Luis XI ha venido importunando al Papa con la amenaza de un concilio en Lyon, y alimenta un profundo rencor contra Sixto. Para informar a Luis XI, Lorenzo piensa en Donato Acciaiuoli. Donato cumple todas estas comisiones con resignación patriótica, pero si él sale de Roma, hay que dejar allí a una persona capaz de estar siguiendo los movimientos del conde, de tratar con Sixto si se puede, de negociar lo que convenga. Y Lorenzo envía para esto al primero que tuvo noticia de los asuntos de Imola: a Guido Antonio Vespucci. Pedro que le escribía a Lorenzo acusando de deslealtad a Guido Antonio, está ahora en la cárcel porque se le considera cómplice de los conjurados, y Guido Antonio ve confirmada la confianza de Lorenzo en el momento más delicado. (Pedro Vespucci, suegro de la Bella Simonetta, asiló en su casa de Pisa a Napoleone Francese, fugitivo, que ha-

... había sido de los de la conspiración). Por Guido Antonio va informándose día a día la Señoría de Florencia, y Lorenzo particularmente, de los movimientos de los venecianos, y de los de Siena. Se han reunido en Roma embajadores de Francia, Venecia, Ferrara, Milán y Florencia que vienen a pedir paz. "En Roma - dice Pastor - muchos cardenales venían clamando de tiempo atrás por el restablecimiento de la paz, necesaria en vista de las condiciones en que se hallaba el dominio pontificio, pero el conde Jerónimo de Imola, y el rey Fernando de Nápoles trabajaban en sentido contrario y su influencia fue la que desde un principio prevaleció". El 28 de febrero Guido Antonio escribe a Lorenzo diciéndole que está tratando con los venecianos que acaban por ligarse francamente a Lorenzo, pero que el conde de Imola, aunque ha dicho que tiene toda la gente que necesita y no quiere más, se ha dirigido al senado de Venecia. "No he tratado todavía con la santidad del Papa sobre vuestros asuntos, porque no viniendo la cosa de él, no saldrá de mí sino que lo llevaré a la junta primera que tengamos...". A los cinco días el Papa recibe en consistorio a los de la Liga. Las condiciones que ahora exige Florencia para que se someta van en aumento. Le pide que dé 100.000 ducados para la

guerra contra el turco. En estos momentos, Venecia, que venía en lucha con los turcos, firma la paz con ellos y ahora su fuerza militar pesa más en la balanza. Se presenta un ultimátum a Sixto para que ceda. No se llega a nada. En realidad los ejércitos que mandan el hijo del rey de Nápoles y el conde de Urbino, apoyándose en Siena que está con el Papa, han avanzado hacia la propia Florencia, pues han invadido Chianti y se han apoderado de Castellina. Como dice Maquiavelo en la historia de Florencia, "los florentinos, en presencia de estos asaltos, estaban en gran temor por hallarse sin gente, y ver que la ayuda de los amigos era lenta; aunque el duque de Milán enviase sus socorros, los venecianos se habían negado a ayudar a los florentinos en causas privadas; y siendo la guerra hecha por motivos particulares, no estaban obligados a socorrerlos ya que las enemistades entre individuos no tienen por qué defenderse públicamente, y para mover a los venecianos a una opinión más sana enviaron a los florentinos a su senado a Tomasso Soderini, y mientras tanto alquilaron soldados e hicieron capitán de la tropa a Hércules, marqués de Ferrara...". En realidad, los asuntos se mueven simultáneamente en Venecia y en Roma, y lo que en el fondo ha detenido a Venecia ha sido su

guerra con los turcos, que no les permite abrir un segundo frente.

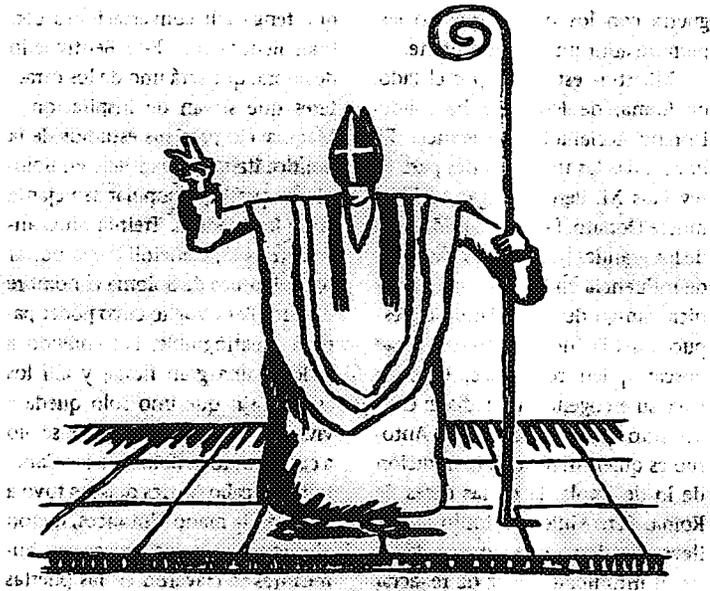
Mientras esto pasa por el lado de Roma, de Florencia ha salido Donato Acciaiuoli para Francia. El lleva todas las instrucciones para el rey Luis XI. Pero al llegar a Milán muere Donato. Donato ha sido uno de los grandes humanistas, de grande influencia en la academia platónica, amigo de Jorge Antonio Vespucci, del Ficino, de Lorenzo. Urge buscar quien reemplace. Lorenzo hace su escogencia inmediata: Guido Antonio Vespucci. Guido Antonio es quien tiene, con la tradición de lo de Imola, la de las cosas de Roma. Pero Guido Antonio quiere llevar consigo a una persona de toda su intimidad, capaz de redactar bien los informes, de guardar los secretos, de mirar lo que pasa, escoge a un discípulo de Jorge Antonio Vespucci: a Amerigo Vespucci. He aquí como el futuro navegante que le dará su nombre a un nuevo mundo, se encuentra de repente metido en una misión la más importante de la política florentina en un momento crucial de su historia, por una serie de contingencias políticas y de afectos familiares.

Sigamos a Guido Antonio y a su sobrino en el camino que le señalan las instrucciones dadas por la Señoría. De Florencia tomará el camino que va a Bolonia. Se trata de

que tenga allí conversaciones con Juan Bentivoglio. Este Bentivoglio de ahora, que será uno de los caracteres que sirvan de inspiración a Maquiavelo para sus estudios de la política italiana, mantiene en Bolonia un prestigio popular semejante al de los Médicis. Treinta años antes, en 1445, Canetoli creyó borrar para el futuro de Bolonia el nombre de estos Bentivoglio cuyo poder parecía inextinguible. Les convidó a todos a una gran fiesta, y allí los asesino sin que uno solo quedase vivo. El pueblo, en revancha, se dio a cazar por toda Bolonia a los Canetoli, y al cabo de tres días los tuvo a todos en la mano. Entonces, fueron ajusticiados, y sus corazones humeantes se clavaron en las puertas de su castillo. Pero los amados del pueblo, los Bentivoglio, ¿habían salido todos de este mundo? ¿Todos? No todos. Porque por allá en Florencia, en la corporación de la lana, "Poco importaba que fuera o no un Bentivoglio auténtico. La casa se había vuelto necesaria para Bolonia".

Y este Juan Bentivoglio que ahora debe visitar Guido Antonio es el mismo a quien Maquiavelo pondrá en la balanza con Lorenzo de Médicis "Lorenzo para dominar a Florencia desarmó al pueblo; Juan Bentivoglio para dominar a Bolonia la armó".

La entrevista de Guido Antonio



con Bentivoglio tiene por objeto anunciarle a qué va él a Francia. Si es cierto que el Papa ha tenido algunos éxitos por los lados de Chiánti, esto es momentáneo. Todo se irá inclinando en favor de Florencia. "La victoria estará de parte de nuestra justicia". Y Guido Antonio se ofrece a Bontivoglio para todo lo que quiera a donde va. Como si fuera su propio embajador, porque esa es la voluntad de Florencia. Así se mantiene la amistad de Bolonia.

En Bolonia la embajada no se detiene sino un día. En Milán esperan los Embajadores de la Liga. A

toda prisa envía noticia de que ha llegado al duque de Ferrara, para que se reúna con él Nicolás de Ubertis, que irá como Embajador de Ferrara a la misma misión que lleva Guido Antonio. Ferrara es otra perla en el collar de Florencia. El duque de Ferrara, Hércules I, casado con Elonora de Aragón, marchará como comandante de las milicias florentinas milanesas contra las tropas del Papa que comanda su propio cuñado, Alfonso de Aragón, duque de Calabria. Así se pelea en estos tiempos.

De Bolonia la embajada se dirige a Milán. Van a encontrarse Em

bajadores de todos los Estados amigos, en la corte de Bona de Savoia. La viuda de Galeazzo Sforza comprende mejor que nadie el caso de Lorenzo. Hace apenas dos años Galeazzo Sforza fue asesinado como Julián de Médicis. Claro, los antecedentes no eran los mismos. Galeazzo había atropellado a las más altas familias, las había prostituido públicamente. Un sordo rencor unía en la sombra a muchos hombres de Milán resueltos a sacarlos de este mundo. Dice Maquiavelo que Jerónimo Oligiati, antes de acudir a la cita mortal se dirigió a la Iglesia de San Ambrosio, fortaleza de esta ciudad, esperanza y defensa del pueblo de Milán, si el juramento de tus hijos de expulsar de aquí a la tiranía, la impureza y la lujuria más monstruosas, es digno de tu aprobación, que no nos falte tu favor". Y así ocurrió. "El 26 de diciembre de 1476, Galeazzo, que tenía tristes pensamientos, se resolvió sin embargo a salir de su castillo para dirigirse a la iglesia de San Esteban. Entró, teniendo a su lado a los Embajadores de Mantua y de Ferrara, y estaba ya en medio de la nave cuando Andrea Lampugnani se acercó al duque, y postrándose de rodillas, sacó de la manga un puñal y se lo clavó primero en la ingle y luego en el pecho. Jerónimo Oligiati, Carlo Visconti y algunos fieles suyos, apuñalaron a Galeazzo en el

pecho, en la garganta y en el rostro".... Los Sforzas tratan entonces de apoderarse del poder, y desalojar al hijo de Galeazzo que aún no está en edad de gobernar. Pero Bona, siguiendo el consejo del embajador florentino entonces, Tomás Soderini, arroja de Milán a los pretendientes y se afirma en el mando.

Es claro que la situación de Bona en Milán está sujeta a los azares de lo que los desterrados puedan hacer, y las fuerzas que les acompañen. Pero Milán, en todo caso es la fuerza más efectiva a que puede recurrir Florencia, y en este momento, el lugar en donde todas las embajadas amigas hacen sus planes para dirigirse a Francia. Guido Antonio va a tener una ayuda y comunicación estrecha con Felipe d'Argenton, señor de Commines, embajador del rey de Francia ante los florentinos, que ha tomado a causa propia la de Lorenzo el Magnífico.

Estas son las cosas que por el camino va viendo, al lado de Guido Antonio, Amerigo Vespucci, en su primera salida por el mundo. En Europa pueden descubrirse tantas cosas como en cualquiera otro nuevo mundo...

No hay que olvidar que debajo de estas intrigas políticas están los intereses comerciales. La guerra ha sido originariamente entre banqueros: los Médicis y los Pazzi. El Papa

se ha preocupado lo mismo por herir el poder político de los Médicis que el financiero. El monopolio del alumbre, en que se apoyó una buena parte del negocio de la lana, controlado por el banco de los Médicis hasta antes de la conspiración, queda disuelto y al confiscar las propiedades de los Médicis de sus manos los negocios en Roma, el Papa lo entrega a la firma genovesa de Domingo Centurión y Juan Doria y Compañía.

En Francia hay negocios de los Pazzi en que pueden ejercer los Médicis su revancha y asuntos de piratería de los del pirata Colombo que deben ser liquidados. Todo esto explica la parte de las instrucciones a Guido Antonio en donde se lee: "En Francia os informará Bernardo de Bardi (de la vieja casa de comercio de Bardi y Compañía de Florencia, extendida por todo el norte de Europa) de las necesidades de nuestros mercaderes que deben ser resarcidos de los daños que han recibido desde hace más de un año de Colombo, sobre los cuales fue a tratar de nuestra parte hace algún tiempo Donato Acciaiuoli quien llegó a algunos acuerdos con la Majestad del Rey. Con el dicho Bernardo sabréis, pues, de estas necesidades y las llevaréis a conocimiento de rey o de quien fuese necesario, obrando en nuestro nombre en favor de esos mercaderes hasta donde

sea posible para que se observen los acuerdos y se les reparen los daños sufridos".

El nombre de Colombo, cuyos asaltos a las naves de Florencia y Venecia ocupa en estos años la actividad de sus cancellerías, es bien conocido por Guido Antonio. Colombo figurará en la historia luego de unas veces como pirata, otras como corsario. Parece que en estas incursiones ha obrado con letras de corso expédidas por el rey de Francia, y el rey ha debido inclinarse antes a las presentaciones que le ha hecho Donato Acciaiuoli. Como se ve, Guido Antonio aquí también ha de seguir los pasos de Donato como antes en Roma y Milán.

Ahora viene lo de los Pazzi: "Llevaréis ciertas instrucciones de los Oficiales de Ribelli sobre ciertas cosas de la compañía Pazzi en Francia que por las novedades del 26 de abril y por la traición de estos Pazzi deben ser secuestradas por la majestad del rey, las cuales cosas pertenecen a los acreedores de los Pazzi y a los oficiales arriba nombrados que quedan encargados de hacerse cargo de ellas para pasarlas a los acreedores. Haced que su Majestad las libere por las razones dichas como de esos oficiales y de sus ministerios seréis informados".

El ambiente en la corte de Francia no puede ser más hostil al Papa:

En un despacho el Embajador de Milán dice a su gobierno: "El Rey alimenta de tiempo atrás la idea de crear en la Iglesia un cisma, y lo ocurrido en Florencia viene a ofrecerle un excelente pretexto. Por esta razón ha enviado a Torino, Milán y Florencia a Felipe de Commines, y no irá a Venecia porque el Rey está convencido de que esa Señoría por lealtad a la Liga hará lo que se le pida por simple carta".
 Particularmente el Rey había expresado desde el primer momento su reprobación del atentado en una carta a la Señoría que era toda una reafirmación de alianza con Florencia. Le decía: "Carísimo y grande amigo: acabamos de saber el grande e inhumano ultraje, oprobio, injuria que no sólo fueron hechas tanto a vuestras Señorías, como a nuestros carísimos y amados primos Lorenzo y Julián de Médicis y a sus amigos, parientes y servidores y allégados por razón de su banco, y de la alianza de los Pazzi y de la muerte de nuestro mencionado primo Julián de Médicis. De todo hemos estado y estamos tan desagrados como de las consecuencias que de esto resulten. Y por cuánto el honor vuestro y el nuestro han estado grandemente ofendidos, y por cuanto los Médicis son nuestros parientes y amigos obligados, y por cuanto reputamos que el dicho ultraje y la muerte de nuestro

mencionado primo Julián son como si fuesen hechos cometidos a nuestra propia persona, consideramos a todos los mencionados Pazzi criminales de esa majestad; por ningún motivo podremos sufrir que el hecho quede impune, y que reinos de todo corazón que se haga castigo y corrección para ejemplo de todos los demás. Hemos pensado enviar a vuestra Señoría a nuestro amado y fiel consejero, y caballero de nuestra cámara, el señor d'Argenton, en quien tenemos la mayor confianza, para que os haga saber largamente de nuestras intenciones..."

El señor d'Argenton, que entonces fue a Florencia y que ahora será el constante compañero de Guido Antonio pasará a ser considerado como uno de los grandes historiadores de Francia: es Felipe de Commines.

En París se sitúa Guido Antonio para desarrollar un plan diplomático que debe extenderse a otros países de Europa, a tiempo que se siguen los movimientos de la corte. El Rey se mueve constantemente, y por esto hay que mantener gente de Florencia en la corte, que Guido Antonio no visita sino en momentos de mayor importancia. El problema del Rey Luis está en que no era tan largo en los hechos como en las palabras y Florencia buscando respaldo moral, también necesitaba ar-

mas. Pero la oficina de Guido Antonio trabaja en todas direcciones, aprovechando la organización comercial de los Médicis. Guido Antonio tiene que comunicarse con el rey de Inglaterra y el duque Maximiliano de Austria, futuro emperador, que ahora desafía al poder del rey de Francia en defensa de los derechos de su mujer sobre Borgoña. La cuestión está en mover la atención europea y dirigirla contra el Papa.

Para entenderse con el rey de Inglaterra y el duque Maximiliano, Guido Antonio se vale de Gerardo Canigiani, viejo empleado de la banca de los Médicis, cajero, que en Inglaterra parece más interesado en congraciarse con el rey Eduardo IV que en servir al banco. Acabará por casarse con una inglesa y en tomar carta de nacionalización en ese reino. Pero para los efectos de la misión de Guido Antonio es la persona indicada de enviar las cartas para el Rey, lo mismo que las destinadas al duque, que por el camino de Inglaterra y por la organización internacional de los Médicis llegarán con más seguridad. "Al dicho Gerardo le escribí largamente las justificaciones de la Liga al haber rehusado el perdón (en la forma que los pretendía el Papa), así que de viva voz pueda enseñarle las necesidades nuestras de dicho rey de Inglaterra."

En cuanto al rey Luis, dice Guido Antonio en la misma carta para la Señoría: "La mejestad del rey se encuentra ahora a unas 30 millas de París. No sabemos dónde habrá de quedarse... Muchos dicen que volverá a Torsi, muchos que vendrá acá de regreso..."

En tanto en Italia, la suerte de las armas florentinas es fluctuante, ha sido cosa buena la toma de Casoli, y Guido Antonio cree que el Papa que socorre unas veces a los de Perugia, otras a los de Siena, se verá en apuros de gente, pero en cambio el conde Carlo Damontone, que acababa de salvar a Pisa de manos enemigas y ahora marchaba a conseguir una victoria que tenía por segura en Perugia, muere. Los de la iglesia se envalentonan con esta nueva. Ven que el ejército de Florencia se retira y piensan darle un golpe mortal. Pero cautelosos los florentinos aguardan a los del Papa en las propias lagunas donde Aníbal derrotó a los romanos, y ahí los derrotó, como relatará admirablemente Maquiavelo en su historia.

La manera como estos sucesos van repercutiendo en París hay que leerla en las cartas de Guido Antonio. El 11 de julio expresa el dolor que a todos los Embajadores ha causado la muerte del conde. Pero, hay que esperar en Dios, dice y en nuestra justa causa... viendo ahora como están acosados por dos fren-

tes los del Papa; ciertamente se puede pensar en que tendremos éxito. El 13, dos días después, el éxito se ha logrado: ha sido el triunfo sobre los de Perugia en el lago. Ha sido castigo de Dios, que con dureza ha querido doblegar la obstinación del conde de Imola. La majestad del Rey supo esta buena nueva antes que yo, porque el caballero que vino acá antes la hizo saber a la corte que a mí. Pero en seguida las personas que de continuo tenemos en la corte me trajeron el aviso particular. El mensajero, al comunicarla, lo hizo como suele hacerse en señal de grande alegría; arrodillándose tres veces y besando la tierra, dando gracias a Dios. En todo el día el Rey ya no habló de otra cosa, diciendo para mis amigos florentinos y para mi primo Lorenzo de Médicis este año ha de ser bueno. Creo que su Majestad escribirá a vuestras Señorías o a Lorenzo...".

Monseñor D'Argenton, en París, no hace sino expresar con ademanes y palabras su alegría por la derrota de las fuerzas del Papa; lo mismo que pudiera hacer cualquier florentino. Y " va predicando esta nuestra victoria sobre todo cuanto está delante de eclesiásticos" dice Guido Antonio como me ha tocado precenciarlo cuando he almorzado o cenado con él...".

La actitud del Rey en la corte es idéntica. Un día se presenta con

cartas del Papa para el rey. Rafael Ballarini. El Rey apenas si le oye, y en presencia suya pasa a conversar con uno de sus cortesanos " para hablar mal del Pontífice y del rey Fernando como podría hacerlo de su mayor enemigo, mostrando en sus palabras ser más adicto que nunca a la Liga". Todos los papeles del Papa los remitió a París porque no tenía tiempo para dar audiencias.

Lo de Florencia para el Rey es un asunto que aprovecha para su propia política, pero al cual no puede dedicar atención especial. El duque Maximiliano le está haciendo la guerra, y su interés está concentrado en el concilio que ha querido promover. Su atrevimiento llega hasta enviar una embajada al Papa para pedirle que lo apoye y vaya a precidirlo. Guido Antonio ve desde París el desenvolvimiento de este negocio y lo juzga con la tranquila seguridad de quien aprecia objetivamente los hechos.

" Esta mañana escribe a la Señoría he estado con el Embajador de este cristianísimo Rey, que fue a Hungría, Bolonia y Boemia... para tratar el concilio... Le he preguntado cómo encontró dispuesto el ánimo del rey de Hungría en cuanto a la solicitud formulada por el rey (Luis) para celebrar la dieta en Lyon. Me ha dicho que el de Hungría está admirablemente dispuesto

para todas aquellas cosas que conciernan al bien público de los cristianos. Pero sabiendo que se le ha hecho contra la voluntad del Pontífice y del rey Fernando (de Nápoles); a los cuales estaba muy obligado, al uno por ser su suegro, y al otro por los beneficios que de él había recibido no quería pronunciarse sobre tal asunto si primero no veía que en realidad iba a tener efecto y que una vez abierto pudiera continuar, y si además no conocía la voluntad de los otros príncipes cristianos. La que me ha parecido contestación madura de un hombre sabio. No es fácil para las generaciones futuras orientarse dentro del conflicto que en todas sus situaciones mentales se presenta a estas gentes del Renacimiento que han de moverse entre la herencia supersticiosa del pasado y las tendencias científicas del momento; entre una mística que lo mismo se apoya en las leyendas de los santos que en el neoplatonismo; y la era de la razón, naciente. Se lucha con todas las armas de la diplomacia que abre las puertas a la política moderna, por temas que son legado de preocupaciones medievales. Hay un forcejeo entre la astrología y la astronomía. Nadie se atreve ni los Papas a dar ningún paso decisivo, sin consultar el oráculo. Cuando en 1489 se colocó la piedra anular

del palacio Estrozzi, monumento antológico del Renacimiento, se pregunta antes al astrólogo cual será el momento propicio. A de ser exactamente cuando el sol tiña la altura de los montes de Casentino. En este preciso instante en muchas iglesias se entonan las oraciones para que Dios bendiga la nueva casa y oyendo las voces mágicas y las campanas de Cristo, Felipe Estrozzi colóca la piedra. Florencia es el centro intelectual del mundo, lo es gracias en buena parte a Fisino, a Lorenzo de Médicis, a los platónicos. Todos creen en sueños, en anuncios telepáticos. Sobre el particular hay cartas de Fisino, a Lorenzo, a Jorge Antonio Vespucci, a todos sus amigos. Pastor resume: uno de los efectos más particularmente peligrosos de la antigüedad fue el haber comunicado al pueblo del Renacimiento su creencia en las supersticiones... su forma más difundida era la astrología... Todo el siglo XV y una parte del XVI están dominados por la creencia quimérica de que podía adivinarse el futuro por la colocación de los planetas entre sí en relación con los signos del zodiaco. Se tenía el convencimiento absoluto de que determinados planetas ejercían una influencia decisiva sobre el hombre, según el signo del zodiaco en que hubiese nacido de suerte que sus acciones quedaban

que el espíritu del rey Alfonso se le ha aparecido a su hijo el rey Fernando de Nápoles, y le ha dictado un oráculo en lengua anélica para que concluya una paz con Florencia, y agrega que ha asistido, raptado no se sabe bien en que éxtasis a tal coloquio siendo capaz de reproducirlo en lengua humana".

Guido Antonio es ante todo hombre positivo. De las supersticiones quizá saca exactamente lo que tienen como posible valor que puede usarse en un momento oportuno. Pero, naturalmente, cumple con su misión de informar de todo. Sus cartas son: del correo, la Gaceta informativa universal que llega a Florencia, a la Señoría, a Lorenzo. E aquí un boletín fantástico:

"Copia mandada por Messer Guido Antonio Vespucci, Embajador ante el rey de Francia, obtenida del gran Maestro de Rhodas, a todos los señores y gentes del mundo de la fe cristiana se haga saber como nosotros, por el gran Maestro de Rhodas de la Orden de Jerusalem, hemos sabido por carta de nuestros misioneros que andan por los lados de Babilonia para salud de nuestros fieles cristianos, como en efecto, el año del Señor de 1477 a día 1ro de diciembre en el último extremo de Babilonia, y en un lugar llamado Sardaminium, provincia de la lengua latina de Rotoleris, ha nacido de una mujer vie-

jísima llamada Tiberis, de lengua sanato, un niño. Su mirada no es clara y luminosa, sino de aspecto terrible, sus ojos arden como linternas, y según lo que escriben nuestros misioneros excede a la de toda otra criatura. No teniendo sino dos meses sabe hablar perfectamente como hombre ya maduro. Los dichos misioneros dicen haber comprobado que el cuerpo del niño está maravillosamente formado y que tiene conocimiento de todas las ciencias. Dicen también que a la hora de su nacimiento que ocurrió hacia la medianoche, todo estuvo claro y tan sereno que en tres meses no se vio nube en Babilonia. En esa noche brilló una estrella. Por espacio de tres horas se detuvo sobre la casa del recién nacido, y luego se hicieron tinieblas y cayeron del cielo muchos signos, llovieron piedras preciosas, volaron serpientes por el aire y ahora dice el niño que esas piedras preciosas significan la muerte para quienes le contradigan. Item más: en aquella noche la montaña más grande de Babilonia se dividió en dos mitades y se encontró en cada una una columna, mitad blanca, mitad rosa, en las cuales estaba escrito en caracteres griegos; es la hora llegada de mi nacimiento que va a traer la salud del mundo. Las cuales columnas dicen y afirman nuestro misioneros haber visto. Y escriben que el dicho infan-

te hace todos los días milagros como resucitar muertos, curar enfermos, devolver la vista a los ciegos con su santa palabra. Además nos dicen los misioneros que el infante es adorado en esas partes de Babilonia como a Dios y que si alguno no cree en su fe y es serraceno, lo llevan a su presencia y a quien no lo quiere adorar lo hace morir de mala muerte. Dicen que conoce el antiguo testamento y a quienes no lo entienden, se los explica admirablemente. Dicen además nuestros misioneros que tiene con él a un hombre muy sabio, docto en teología de la Orden de los Frailes Predicadores, que tiene una fe singular en dicho niño y que por todas partes anda diciendo que es el verdadero hijo de Dios. Que a la hora de su nacimiento fue vista, o mejor, oída una voz, que nuestros misioneros afirman haber oído, que hacía un rumor como de trueno, y que se oyó en 150 leguas a la redonda, y decía: preparaos a recibir mis enseñanzas; y benditos sean los que en mí crean. Y por cuanto, nuestros misioneros han visto y oído aquello, les hemos escrito estimando que quizás sea que se aproxima el fin del mundo, en que el anticristo se transfigura en el hijo de Dios. Estas cosas no son de escribir y afirmar a la ligera. Para estar más ciertos e informados de la verdad, tuvimos entre nosotros concilio, y

decidimos mandar unos frailes de nuestra orden a los dichos misioneros. Habiendo tornado afirmar ser eso la propia verdad; y dicen haber visto al infante y la columna mitad blanca, mitad roja en la división de la montaña; y muchos otros milagros que sería largo escribir y os rogamos los hagáis notificar por la Italia y las demás partes, a fin de que todos los cristianos dejen el mal y hagan el bien para ser recibidos en brazos del Señor..."

A tiempo que esto dicen los frailes de Rhodas, al fondo de la vida italiana se ciernen la amenaza del turco; y el Papa piensa en una nueva cruzada.

Mientras en Francia los Embajadores tejen sus telas y las destejen en Italia, bajo la presión del invierno, tanto el Papa como el rey de Nápoles, cansados de la guerra, ofrecen tregua a los florentinos, que la aceptan enseguida. Se sabe que estas treguas no sirven sino para volver luego con más ardor a la pelea. Maquiavelo dice que en Florencia no se habla de otras cosas, lo mismo en las tertulias privadas que en los consejos públicos. Lorenzo de Médicis declara: "esta ciudad está cansada; no quiere más la guerra y hay que pensar en la paz". Es el principio del paso más audaz en su carrera política, que Maquiavelo resume a su manera: "conociendo Lorenzo esta necesidad; se dirigió a

los magos que consideraba más fieles y sabios, y viendo que los venecianos estaban fríos, y no eran de confiar, y los de Milán envueltos en sus discordias interiores, convino que había que tentar nueva fortuna en nuevos amigos. Duda en brazos de quien echarse; si en los del Papa o en los del rey de Nápoles. Y examinado todo, aprobaron la amistad con el Rey, como más estable y segura; porque la brevedad de la vida del Papa, la sorpresa de la sucesión, el poco temor que la Iglesia muestra hacia los príncipes, el poco respeto que ella tiene al partido que toma; hace que un príncipe secular no pueda confiar completamente en un Pontífice, ni hacer fortuna común con la suya. Quien en los peligros y en las guerras está de amigo con el Papa, estará acompañado en las victorias y solo en las derrotas, sostenido y defendido como está el Pontífice por su poder y reputación espiritual... etc. En otras palabras que de pronto sale Lorenzo de Florencia, y para sorpresa del mundo se dirige a Nápoles, a visitar personalmente al Rey. Se le recibe como a un gran príncipe. Lorenzo se muestra generoso y espléndido. Y cuando menos lo piensan el Papa, el Rey, y Lorenzo, están sentados a manteles conversando sobre la paz como dos viejos camaradas y amigos. Es el final de la guerra. Burlado el Papa, Lorenzo regre-

sa a Florencia que se viste de alegría para recibirle con todos sus honores y encantos. En este momento, sobra ya la embajada en Francia.

El 12 de julio de 1480 le escribe la Señoría a Guido Antonio. Le encarga dar al rey Luis las gracias por todo lo que ha hecho por Florencia, y le dice como el ejército del turco está ya sobre rosas y el Papa no adelanta en lo de la paz. Un mes más tarde la carta comienza anunciando la nueva era: "Estando quietadas en gran parte nuestras cosas de Italia, creemos que la exelentísima Señoría de Milán, dará licencia a su Embajador ante el rey de Francia...". Esto quiere decir que Guido Antonio también puede regresarse. Lo único es que se pongan de acuerdo los dos. Si el de Milán se queda, que se quede Guido Antonio. Si regresa, que Guido Antonio regrese. Y así vuelven a Florencia Guido Antonio y Amerigo Vespucci.

Ahora el problema está en Roma. De cómo se han recibido allí las noticias de la paz con Lorenzo, da idea este aparte de la historia de Pastor: "La deslealtad del rey de Nápoles se puso entonces de manifiesto en toda su extensión. Traicionó al Papa pasando por encima del pacto que había suscrito con el señor del cual era feudatario. En el tratado de paz, fruto de las conversaciones con Lorenzo y Ludovico el Moro, no tuvo en mira, sino sus in-

tereses particulares, así hubiese jurado antes que perdería diez reinos y la corona ante que ponerse de acuerdo con Lorenzo sin que se cumpliesen las condiciones propuestas por el Papa. Sixto se dolió amargamente de que por esto le hubiera dado espaldas la victoria que ya tenía entre las manos. Pero por no incurrir en la mancha de perturbador de la paz, ratificó el instrumento de paz, insistiendo sin embargo en su demanda de que Lorenzo se acercara personalmente a Roma.

El camino hacia Roma está en realidad abierto para Lorenzo. No sólo el Papa carece ahora de fuerzas para continuar la guerra de que todo el mundo está harto, sino que el turco amenaza cada vez más de cerca a Italia. Todo esto - dice Maquiavelo - hizo que el Papa mudase de parecer, y si antes no había querido escuchar a embajador florentino alguno, ahora, mitigado, oía a cuantos le hablaban de paz. Tanto que se les dijo a los florentinos que, en cuanto se inclinaron a pedir el favor del Papa, lo encontrarían. Estos no dejaron pasar la ocasión, y enviaron al Pontífice doce Embajadores. En cuanto llegaron, hubo conversaciones antes de tener la audiencia formal y se convino un modo de convivencia futura, estableciéndose que cada una de las partes contribuiría lo mismo en la

paz que en la guerra. Cuando llegaron los Embajadores a los pies del Pontífice, éste los esperaba en medio de sus Cardenales con excesiva pompa. Se excusaron los sucesos pasados, ora poniendo de presente la necesidad, ora la malignidad de los otros, ora el furor popular y su justa ira, y cómo los que se sienten infelices y son valerosos, o combaten o mueren. Y porque todo deba soportarse por huir de la muerte, habían soportado la guerra, el entredicho, y las otras incomodidades que habían surgido de los hechos pasados, para evitar a su república la servidumbre, que es la muerte de las ciudades libres. Ahora, si forzosamente hubiesen cometido alguna falta, volverían sobre su enmienda, y confiaban en la clemencia suya, la cual, a ejemplo del sumo Redentor, sería para recibirles en sus piadosísimos brazos. A estas excusas respondió el Papa con palabras llenas de soberbia y de ira, reprobándoles todo lo que en el tiempo pasado habían cometido contra la Iglesia; pero que también él, por conservar los preceptos de Dios se alegraba concediéndoles el perdón que solicitaban pero que debían entender que le debían obediencia, y que si más tarde rompiesen la obediencia, aquella libertad que habían estado por perder ahora, la perderían luego y con razón; porque es en lo bueno en lo que se merece ser li-

bres, y no cuando se hacen obras malas; porque la libertad mal usada ofende en si misma y ofende a los demás... Cambiados los discursos, echadas las bases de la paz, había que proceder al ajuste de todas las cosas. Detrás de los doce Embajadores, es necesario que venga el embajador único, el negociante diplomático que ponga a funcionar en sus detalles la amistad que tan bruscamente se había que proceder al ajuste de todas las cosas. Detrás de indicada para el caso: a Guido Antonio Vespucci. El mismo Maquiavelo, que en su historia dice cómo había sido certera la escogencia de

Guido Antonio para enviarlo al rey de Francia, por considerarlo "peritísimo lo mismo en la ley canónica que en la común del imperio", ahora resume su concepto sobre la nueva misión que se le confía en estas palabras: "tómados los embajadores a Florencia la Señoría envió de embajador al Papa para concluir esta paz a Guido Antonio Vespucci, que hacía poco había regresado de Francia. El, con su prudencia, lo redujo todo a términos aceptables, y obtuvo del Pontífice muchas gracias, lo cual fue indicio de mayor reconciliación".